



Nº 194

BARCELONA, 24 ENERO 1903

25 CENTS

Ayuntamiento de Madrid



El suceso que en la actualidad despierta más tiritante, ya que no podamos decir palpitante, interés es el frío, con sus calamitosas consecuencias.

El frío es el más cruel enemigo de los pobres, *per se* y *per accidens*. Se ponen por las nubes los artículos de «comer, beber y arder»; miles de personas carecen de la ropa necesaria para abrigarse, y los que trabajan en casa han de hacer más consumo de petróleo, gas ó aceite que en el resto del año, mermándose así la miserable *ganancia* obtenida cosiendo, bordingo ó escribiendo.

En Madrid se ha tenido la suerte de que ocupase la alcaldía, precisamente en estos días glaciales, una persona de nobilísimo corazón y viriles arranques. El marqués de Portago, en efecto, ha mandado que desde puesta de sol esten abiertos á todo el que se presente cuantos asilos existen en la capital; allí se les dará de cenar á los albergados, pasarán la noche al abrigo de la intemperie y al día siguiente, antes de salir, se les servirá un desayuno.

El alcalde no pone condición alguna, por ahora, á los que vayan á pedir hospitalidad, dejándolo para cuando abandone el tiempo. Esto es práctico, caritativo y eficaz.

En cambio en Barcelona no parece que se preocupen gran cosa las autoridades de que puedan tener frío y hambre algunos miles de infelices, como tampoco del vergonzoso espectáculo que ofrece el industrialismo mendicante.

Nada más gráfico en este concepto que lo ocurrido el día 15, á la llegada del trasatlántico italiano *Ducca di Galliera*. Queriendo aprovechar el tiempo de la escala los pasajeros para darse una vuelta por la ciudad, sucedió que un pobre alemán se vió copado por dos criaturas y siete cojos armados de muletas, que le cerraron el paso, no soltándole hasta que al llegar, desde el embarcadero de la Paz, al pie del monumento á Colón logró salir de la encerrona dándole algunas perras á cada uno de los sitiadores.

El hombre se creería haber desembarcado en algún puerto de Oriente,—Esmirna ó Jaffa,—en vez de hacerlo en una ciudad que se jacta de rica, intelectual y progresiva.

Todas las asociaciones caritativas de Barcelona arrastran una existencia difícil. En el Hospital no hay camas suficientes; el Asilo Cuna vegeta bajo la inminencia constante de tener que cerrarse, *et sic ceteris*. Si existe un asilo nocturno, de muchísimo insuficiente, es debido á un gobernador andaluz, el Sr. Manzano.

En cambio hay dinero para levantar templos riquísimos, como el del Sagrado Corazón, emplazado en lo alto del Tibidabo, ó sea á 532 metros sobre el nivel del mar, y que solo por el coste del acarreo de materiales habrá de importar una millonada. Y conste que nada tendríamos que objetar á su construcción si respondiese á alguna necesidad del vecindario; pero no hay nada de eso; solo se trata de una obra de pura fastuosidad.

Habíanse concebido algunas esperanzas de la creación de una Junta llamada de la Caridad, subvencionada por el Ayuntamiento, pero hubo de saberse que, para empezar había nombrado una porción de empleados, trece ó catorce, cuyos sueldos importaban cerca de veinticuatro mil pesetas al año, y el público, juzgando que esto equivalía á poner la horca antes que el lugar, recibió mal el acuerdo, y presentaron su dimisión varios vocales.

Está visto que en este país, en cuanto se ve llamado á desempeñar cualquier función, se siente repentinamente favorecido con el don del desacierto.

Testigo de ello son los actuales ministros, para quienes habría que inventar la conocida frase de Camprodón en los *Diamantes de la corona* si no lo estuviese ya. Manra, Toca, Villaverde; etc., parecen haberse propuesto conjugar el verbo *disparatar* en primera persona del presente, y á no dudar, del futuro.

ARGOS



PARA EL HÉROE

Al pie de la cordillera
que los centinelas guardan
se advierten del campamento
las tiendas de lona blanca.

Sobre las nevadas cimas
de las gigantes montañas
vuelan del clarín guerrero
las agudas resonancias.

Y enfrente del enemigo,
que ya por el llano avanza,
marchan los pobres soldados
que pelean por España.

Los que cantan sus victorias
y, heridos, alegres cantan,
los que sin quejarse mueren
sobre el campo de batalla.

Para el que cayó primero
y en la tierra ensangrentada
dejó un instante sin rumbo,
huérfana del cuerpo, el alma;

para el que cayó primero,
tejed tan bella guirnalda...
ya que su madre no vive,
ni le recuerda su amada.

Y pensad que en esa tierra,
donde su cuerpo descansa,
dió por la patria su vida..
¡y le ha olvidado la patria!

SOFÍA CASANOVA



LA CITA

El castillo de Marlet con sus gigantescos torreones alzabase orgulloso junto á la cuenca del Tajo.

Lo habitaba Luisa Vernier Saavedra, hija del conde Munter, el cual, al frente de sus lanzas, peleaba en Túnez bravamente defendiendo el honor de su bandera.

Las victorias del conde habíale rodeado de una aureola de grandeza tal, que sus fulgores iban á iluminar las umbras de Marlet donde Luisita se aburría soberanamente.

Una tarde en que la hermosa castellana revistaba con la mirada soñadora de sus negros ojos los innumerables grupos de flores que embellecían los jardines de Marlet, quedó altamente sorprendida viendo avanzar por una estrecha calle de corpulentos árboles que entrelezaban sus ramas, al vizconde Carlos de Braziot, su vecino, pues residía en la posesión de Azcollar, lindante con los dominios del conde Munter.

Más aficionado á las letras que á las armas, el vizconde prefería las dulzuras de su vida sedentaria á los azares de la guerra, y en tanto que los otros nobles de la comarca regaban con su sangre los campos extranjeros, entreteníase Braziot en componer lindos versos para ensalzar los encantos del amor.

Luisa y Carlos llegaron á encontrarse frente á frente.

La castellana, bien por la sorpresa, ó tal vez por que no le desagradara la visita, no tuvo una palabra de reproche para quien asaltaba sus dominios.

Saludáronse cortemente, disculpóse con habilidad el vizconde y momentos después se separaban quedando autorizado Carlos para repetir su visita.

No una, sino muchas se sucedieron, sin que la dama de compañía de Luisa Vernier hubiera de enterarse merced á los doblones del vizconde.

Llegó un día en que éste exigió una cita fuera de los dominios de Marlet, y Luisa, la niña inexperta y candorosa, cedió á la tentación.

Ligeras brisas impregnadas del aroma purísimo y vivificador del campo iban á refrescarse entre las aguas del Tajo, en cuyo linfo transparente comenzaban á quebrarse los primeros rayos de luz que precedían á la aurora de un espléndido día de primavera.

Los pajarillos, abandonando sus nidos, inundaron el espacio con sus alegres notas para saludar aquel desperdicio de la naturaleza, que despertando de su letárgico sueño, estumaba las sombras en que dejó caer adormecida.

Las turbulentas aguas de un torrente cercano llevaban en sus espumas alegrías de niño y remembranzas de misteriosos amores.

Las ramas de los árboles, acariciadas por las auras, se estremecían con espasmos de placer, murmurando en su lenguaje indescriptible las soñadas bellezas de ignotos mundos.

La hija del conde Munter y Carlos de Braziot, por opuestos senderos avanzando, llegaron a encontrarse en una plazoleta de copudos olmos.

Nuevamente las ramas de los árboles se agitaron por secreto impulso; murmuraron las auras, esta vez con razón, y las aves cantaron el himno de la vida...

Pasaron las horas, y con ellas las ráfagas de luz incendiando el aire.

La brisa en sus revueltos giros llevaba el hálito de fuego de las pasiones de amor.

Los copudos olivos dejaban indolentemente caer sus ramas sobre las ondas del río en cuyo cauce se deslizaban las aguas como derretido plomo.

Los pajarillos se guarecían en la sombra asfixiados por aquella atmósfera de lumbre y las aguas del torrente, saltando entre los peñascos, iban repitiendo como un eco el canto del amor.

Fué desvaneciéndose paulatinamente la transparencia azul del firmamento; lucieron las estrellas con misterioso encanto, y la luna, como vieja acostumbrada á terciar en las cuestiones de amor, asomó recelosamente en la montaña, escondiéndose á veces y apareciendo otras para proyectar sombras fantásticas.

—Dime, dime que me quieres como yo te quiero,—murmuraba el amante con voz apasionada.

Y la joven castellana, irradiando en sus divinos ojos un mundo de delicias, apretaba la cabeza del vizconde contra su pecho sin atreverse á responder.

Las auras perfumadas pasaron otra vez cantando á la juventud fecunda...

Tintes rosados aparecieron nuevamente en el horizonte cuando la pareja feliz rompió su cadena de flores.

Por opuestos senderos se alejaron y por senderos opuestos volvieron á encontrarse un día y otro día para cantar el himno de la vida, mientras el conde Munter, al frente de sus lanzas, bravamente luchaba en tierras extranjeras defendiendo el honor de su bandera.

JULIO R PEDRE

ACEPTALOS...

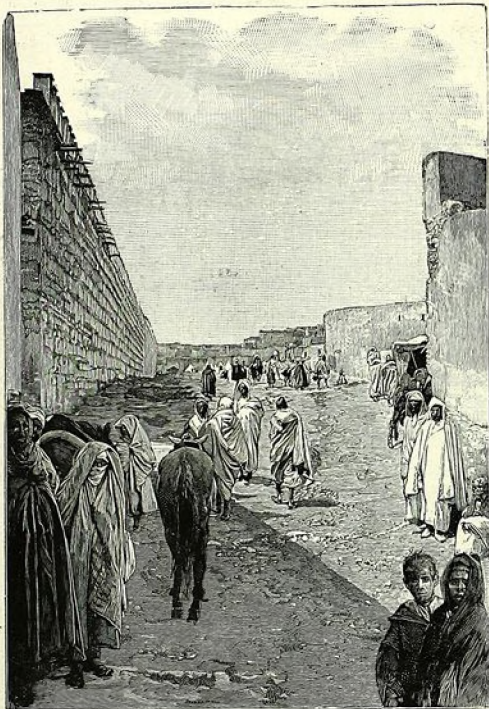
Si acaso mi lira sentidos lamentos
y hermosas estrofas llegara á ofrecer,
los dulces arpegios que brinde á los vientos
acéptalos, vida,
por ti los escribe
la pluma de un hombre que sabe querer.

Y extraña á las normas de toda poesía,
desnuda de galas mi pobre canción,
encierra tan solo la grata armonía
de un puro cariño
de un alma que es tuya
con todas las veras de mi corazón.

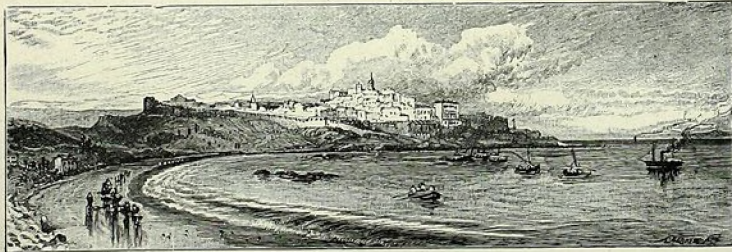
MANUEL CORAZÓN



MARRUECOS



TÁNGER: EL ZOZO DE EXTRAMUROS



VISTA DE TÁNGER DESDE EL MAR

Continuamos sin saber nada de como anda aquello; se conoce que los gobernantes se han apoderado de *la cuestión*, y según les conviene allá van victorias, derrotas, amenazas, asesinatos, acentos de paz, rugidos de guerra. Los periódicos publican cartas contradictorias, y después de haber leído tal correspondencia asegurando esto, sale el *Porvenir* de Tánger diciendo que no hay ni ha habido tales carnes. En suma una verdadera algarabía; cosa natural tratándose de una tierra donde se habla en árabe.

Todo se podría tomar con calma sino existiese el temor de que no se le anteje al Gobierno, á la hora menos pensada, meter... la piera en el conflicto. ¡Dios no la depare buena, si tal caso llega!

Lo mejor sería, ya que por nuestra incorregible torpeza no aceptamos, hace años, el trueque de *nuestras posesiones de Africa* con Gibraltar, limitarnos á defender los territorios jurisdiccionales que allí conservamos, y dejar que los demás se las arreglen con los moros.

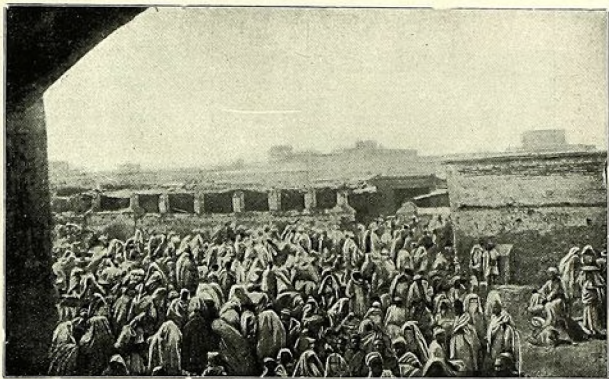
De otra suerte, vamos á ser los que escupamos, mientras los demás fumen, ó según la frase rusa, vamos á *hacer* de caballo, mientras Francia ó Inglaterra harán de ginete.

Ha querido por otra parte nuestra mala suerte que ocurra

el ministerio de Estado aquel Sr. Abarzuza, que después de haberse separado de los republicanos por «cuestión de estética» (*adíos, Adonis*) según dijo, se pasó á Sagasta, y ahora figura al lado de Vadillo y de Maura. Sábese de Abarzuza que es un *gourmet* inteligentísimo, pero en este caso mejor papel representaría como repostero mayor que como ministro.

No se sabe de Caovour ni de Bismark que entendiesen mucho en guisos, pero tampoco se exponían á que los periódicos franceses les tratasen como han hecho con nuestro susodicho ministro.

¡A qué extremo ha llegado en España la diplomacia! En vez de Hurtados de Mendoza, Gondomares, Ferias, y Saavedras Fajardos vamos del Sr. Sánchez Romate á Abarzuza, y mantenemos en París á León y Castillo, como manteníamos en Washington á Dupuy.



EL ZOZO DE TÁNGER



EXTRAMUROS DE TÁNGER

IMPRUDENCIA TEMERARIA

Preguntad todavía á los sencillos moradores del pintoresco pueblecillo de X, por Mari Rosa, y veréis como fruncen las cejas retratándose por igual en sus semblantes la compasión y el desdén. Preguntad por ella, y oiréis por boca de aquellos campesinos esta sentida relación.

La más hermosa de todas las mozas del pueblo X, la que era objeto de rondas y halagos y causa de disturbios y riñas entre los hombres, era Mari-Rosa, quien en prueba de que no se mostraba insensible á tanto galanteo, coqueteara con todos, pero ninguno podía vanagloriarse de poseer su cariño.

Era por entonces alcalde de esta comarca el tío Ambrosio, hombre de clara inteligencia que había sabido conquistarse las simpatías de aquel pueblo, en donde sus dos hijos rondaron más de una vez la casa de Mari Rosa. Y era también lo cierto que aquella hermosa rosa de Alejandria parecía distinguirlos más que á ninguno de sus rondadores.

Mucho tiempo transcurrió sin que dejara Rosa de coquetear, y entre Paco y Andrés (los hijos del alcalde) se suscitaban disgustos y rencores por aquella Mari-Rosa de mis pecados.

¡Cuántas veces les había dicho el tío Ambrosio:

—Dejad en paz á esa perra y no acordaos más del santo desu nombre, que es hierba mala y envenena cuanto toca!

Pero aquellos mozos robustos y fuertes como un roble, no hacían caso de estos sanos consejos y solo pensaban de que modo podrían captarse las simpatías de aquella mujer.

Al declinar la tarde de un hermoso día del mes de agosto, paseaban los hijos del alcalde á orillas del río que serpentea por los arrabales del pueblo X, cuando acertó á pasar Mari Rosa con su cántaro de agua en la cabeza y su acostumbrada sonrisa en los labios.

—Vaya,—dijo Andrés dirigiéndose á la muchacha,—no vuelves esta tarde al pueblo sin decirnos antes á cual de los dos prefieres.

—Sí, sí, que lo diga de una vez,—añadió Paco con energía.

—Pues á los dos,—repuso Mari Rosa.—Y aquel que me salve de la muerte será mi esposo.

Y corriendo precipitadamente impulsada por una nueva coquetería, se arrojó sobre las aguas del río segura de que aquellos dos hombres harían por ella otro tanto. Y así fué, pero ya en el agua trabaron los hermanos reñida lucha por quien llegaba primero á socorrerla, lucha que duró lo bastante para dejar ahogar á Mari Rosa. Y cuando desesperados sacaban á tierra el cadáver de la mujer adorada, apareció el tío Ambrosio exclamando filosóficamente.

—Triste, muy triste es el castigo, pero también muy justo; que la mujer que sembró la discordia en dos almas hermanas y expuso sus vidas sin compasión alguna solo esto se merecía.

•Ved hijos míos como á ninguno de los dos amaba, y como las malas pasiones que despertó en vosotros con sus coqueterías son hoy la causa de su muerte.

Y cuentan que el tío Ambrosio hizo que se abrazasen

sus dos hijas ante el cadáver de Mari-Rosa; siendo este trance fatal la eterna reconciliación de aquellos dos hermanos.

Luis Vior Pascual





—¡ADIOS, ADIOS! ¡UN BESO Y PARTO!, cuadro de Frank Diksee
(ROMEO Y JULIETA, acto III, escena V)

Ayuntamiento de Madrid



VANIDAD Y ADULACION

I

En cierta época no muy remota existió un rey que era completamente feliz, si felicidad puede llamarse lo que al hombre es dado gozar en este mundo que habitamos.

Su poderoso estado, en el que imperaba como soberano absoluto, su agnerrido ejército, sus considerables riquezas... etc., le hacían muy llevadera la pesada carga de la vida, á lo que también contribuía en gran parte su falta de talento, pues, á su modo de ver, este es incompatible con la felicidad terrenal.

El pobre monarca era muy vano: experimentaba una sensación inexplicable de gozo cuando esa pléyade de aduladores cortesanos que siempre han sido, son y serán le hacía gustar el dorado mandar de la lisonja; y á tal punto llegaba su cordedad de inteligencia que no comprendía su falsedad.

Pero *andando el tiempo*, sintió que la duda se apoderaba de él, y que ciertas voces interiores parecían decirle «los que te rodean te engañan: fingen amarte, y ansían la hora de tu muerte.»

Preocupado con esta lúgubre idea, cambió por completo de modo de ser: á su antigua dulzura y afabilidad siguió un carácter iracundo y vengativo; la eterna sonrisa de sus labios fué sustituida por un ceño adusto y repulsivo.

A tal extremo llegó su intranquilidad que á todas horas, lo mismo de día que de noche, en el sueño como en la vigilia, repetía involuntaria é inconscientemente su eterna pregunta «¿quienes serán los que en mi presencia fingen? ¿Cuáles los que no me engañan?»

II

No lejos de la corte, en la cresta de una elevada montaña, se elevaba majestuoso desafiando años y siglos, un vetusto edificio con apariencias de mansión feudal, en el que pasaban solitaria vida unos veinte monjes, bajo la dirección de un virtuoso superior.

Tenia este anciano gran fama de sabiduría, pero él despreciando la vida de la corte, en la que había desempeñado brillantes destinos, se fué á aquel piadoso recinto donde repartía las horas entre el estudio y la oración.

En su celda se hallaba un día hojeando un voluminoso códice que sobre una vieja mesa estaba colocado, cuando un religioso le anunció que el rey del país deseaba verle.

Con un breve signo indicó su asentimiento, y unos momentos después entró el monarca, sentándose á una señal que le hizo el superior.

El rey estaba admirado: bastaba que penetrase en un lugar cualquiera para que todos los presentes se inclinasen profundamente, besándole las manos, y haciendo otras ceremonias á cual más ridículas, y aquel hombre humilde que vestía un tosco sayal, le trataba como podía hacerlo al último de sus escuderos.

Y durante una hora disfrutó el poderoso soberano de los goces de una conversación natural y sincera, que grabó indeleblemente en su corazón, pues no estaba acostumbrado á ello.

Vivamente impresionado salió el rey del convento: el religioso, sin rodeos ni artificios le había dicho sencillamente: «tienes una verdadera ceguera: no algunos sino casi todos los que te rodean representan ante ti una verdadera farsa; y si no crees mis palabras, idea un medio para descubrir la verdad y te convencerás de que por desgracia es cierto.»

Apenas llegó el rey á palacio llamó á su médico de cámara, modesto anciano que había conocido al padre del monarca y profesaba á éste profundo cariño.

Una vez en su presencia:

—Quiero,—le dijo,—que hagas creer á todos que he muerto, dame algún brevaie que me produzca



intensa palidez, amortajame, en una palabra has de mí cuanto creas necesario para el buen resultado de la comedia que vamos á representar, y cuyo final espero será trágico.

El buen galeno conocía el carácter de su soberano y ni un momento pensó en negarse.

—Está bien señor: haré todo como deseais,—exclamó después de algunos instantes de silencio.

IV

La noticia del fallecimiento del rey corrió con la celeridad del rayo produciendo inmensa sorpresa.

Todos corrían presurosos al regio alcázar para ver el cadáver, que colocado en el salón principal parecía por completo auténtico.

Los cortesanos reunidos en grupos en la fúnebre estancia, *le cortaban elegantes trajes*, poniendo así de manifiesto el odio que todos le profesaban; y ninguno tenía una palabra de compasión para él!

El médico de cámara leyó una cláusula del regio testamento en la que el finado expresaba «su voluntad rara y poco usual» de que el cadáver quedase solo durante la noche, en vista de lo cual, todos abandonaron el salón, menos el médico.

Entonces el rey con los ojos llenos de lágrimas, dió por terminada la comedia, suprimiendo el final trágico, pues ya no ardía en deseos de venganza, sino que ansiaba abandonar aquella continua farsa.

V

Al día siguiente volvió al convento, siendo acogido con los brazos abiertos por los religiosos, entre los cuales ofreció vivir desde entonces, libre de la pesada corona, y lejos de aquella corte donde anidaban la vanidad y la adulación.

BENITO SÁNCHEZ Y ALONSO

UN INCONVENIENTE, por Gascón



—Oye, Macario; para el burro. Haz el favor de esperar



—Vas al pueblo, ¿eh? Di: ¿no podrías llevarme á caballo.
—Si, señor; ¡pus no faltaba más!



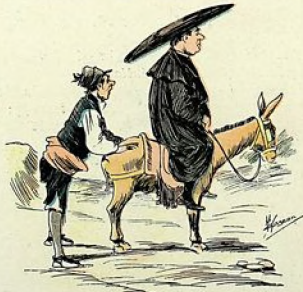
—Monte usted el primero y dispues montaré yo. ¡Adiós! ¡Ya se le cayó la teja!



—Tome usted, pero póngaselo de cruzas.
—¡De cruzas! ¡Vamos, hombre, que irreverencia!



—Gueno, póngaselo usted como quiera.
—Pues así, como es debido.



—Perfectamente... Pero agora ¿como monto yo sin tropezarle?



ROSA DE ABRIL

Expiraba el mes de febrero.

Recuerdo que á mi cariñosa madre la costó llanto, cuando tomé las tijeras y corté á capricho las enfermas ramas de aquel rosalito.

—No te apures mamá,—la dije.—¡Verás como brota! Está muy enfermo; pronto, con esta poda, empezará á cubrirse de hojas, y tendrá las rosas más tempranas... rosas de abril... El primer capullo será para la Virgen.

La conocí en abril, en el mes que todo sonríe, todo es alegría, todo vida, todo... primavera. Mayo es el mes de las flores; pero las rosas ya están abiertas, ya han dejado ver sus galas, ya han espesado sus aromas al viento... y, ya comienzan á deshojarse, á morir...

Abril, en cambio, es el capullo de la primavera. Las rosas están en capullo y dejan adivinar sus pintadas corolas esmaltadas de pequeños y delicados estambres amarillos. Una rosa de abril es un poema de amor. La conocí en abril. Rubia, ojos castaños, juguetones, llenos de vida... Cuando se entornaban sus párpados dejaban entrever, suavemente, dos imperceptibles líneas que les daban una expresión de gracia indefinible. Su cuerpo elegante, de curvas deliciosas y correctas, era el sueño de un escultor, su carita de virgen inocente, el de un inspirado poeta; su alma debía ser, sin duda, un sueño de la Divinidad.

Todo su conjunto era un sueño mío. (Mie, sí; ¡Sólo mío!)

Su nombre era dulce, melodioso: se llamaba Angelina.

Por rara coincidencia, la conocí como á la otra, como á aquella, en el templo. Iba de negro... y me recordó la Margarita dolorosa de «El Fausto». Rezaba con fe, no como la otra que era una devota de moda, no, rezaba por la gloria de su desgraciado padre y por la decada salud de su anciana madre, mezclando el llanto con sus oraciones, con súplicas; pero allí, en un rincón, el más recóndito, de la sombría nave, donde nadie podía verla ni escucharla.

La noche del 5 de abril, veía á través de los cristales de mi balcón, como el aire de la primavera, fresco y suave, mecía el rosal; veía como el capulito se balanceaba dulcemente sobre su tallo... y, de mi pecho,

sin que lo modulasen los labios, ni un suspiro, lanzóse al viento este cantar:

Capulito, capulito,
ahora te besan las auroras,

mañana te besarán
los labios de mi serrana.

A la mañana siguiente, estaba entreabierto. Dos de sus pétalos, se habían arrollado graciosamente sobre sí mismos, y daban al capullo la forma de un corazón. Lo corté y me dirigí á su rama: se lo ofrecí y lo aceptó. Aquella mañana, me dijo, iría á comulgar y lo llevaría puesto en el pecho. Cuando llena mi mente de ilusiones y mi pecho de esperanza, me retiré de la reja, muy bajito, sin oírme apenas yo mismo, iba entonces este sentidísimo cantar que he leído no sé donde:

Con una morena
perdí mi fortuna,

y una noche preciosa
me la dio una rubia.

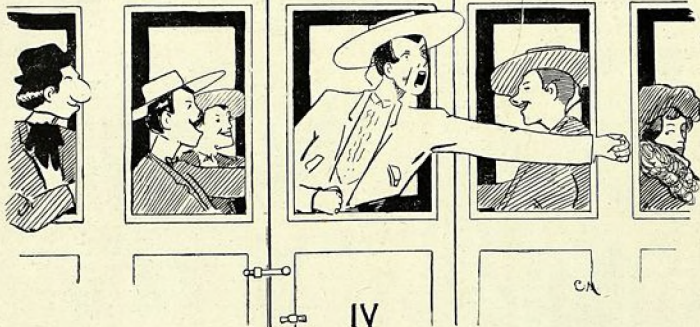
A mí me la dió ella, mi rubia, no en noche preciosa de estío; fué una mañana de primavera, mucho más preciosa, mucho más poética que todas las noches de estío.

Cuando llegué á casa, miré el rosal, y vi que los otros espallos, pequeños aun, se inclinaban á impulsos de la brisa, como dándose las gracias porque la savia era más abundante para ellos, porque... iban á morir antes! Me acordé de mi promesa á la Virgen; pero la Virgen me ha perdonado, la Virgen quiere... á los que se quieren como nosotros. Mi madre, que ya había notado la falta del capullo, al sorprenderme contemplando la maceta, me habló así:—Prometiste á la Virgen la primera rosa... ¿has cumplido tu promesa?

Y resbalando por mi rostro dos lágrimas de ternura, dos lágrimas como aquellas que derramaba cuando niño, la contesté:

—Sí, mamá, la he cumplido... Ha sido para mi virgen... rubia.

ANTONIO MARTÍN GÁMEZ



RASGO DE VALOR

Al matador de novillos Manolo Fernández Lera

A un muchacho que comenzaba a dedicarse al arte de *Guerrita*, con quien hice cordial amistad por la nobleza de su carácter, y por su ilustración, de la que suelen escasear los que esta profesión ejercen, prometí ir a verle en la primera corrida en que trabajara. La ocasión no se hizo esperar.

Un domingo de Pascua de Resurrección fui anunciado mi amigo como único matador encargado de tres novillos en la plaza de H^a, cercana capital de provincia.

Con el novel espada y tres ó cuatro números de la cuadrilla, incluso un bravísimo *Tancredo*, hice el viaje, bastante divertido por cierto, llegando en pocas horas a la ciudad. Fuimos recibidos por numeroso público, y hasta las mozas enviaron nutrida representación del gremio, que se encargó de pasarnos minuciosa revista. Extrañóse que con la cuadrilla figurase uno, yo, que vistiera cordobés gastando bigote, no faltó quien fuese más allá de lo que yo pensara, y que, á título de persona enterada, murmurase señalándome: —¡Ese es don Tancredo!...

Había en la lista de peones, uno bautizado con tantos motes como veces figuró en los carteles. Disposición fundada en razones que luego saltarán á la vista. Era una vez, *Morenito*; otra, *Madrileño*; para unos, *Salerito*; para otros, *Batajo*. Yo, aun ignoro su misterioso nombre y su mote, si lo tiene.

Sin embargo del número de veces que se ajustó la taleguilla, necesitó de ayudas de cámara, y reclamó necesarias asistencias su indumentaria antidiluviana.

Como en todas las cuadrillas sucede que al peor torero y el más moderno son los primeros en ataviarse, cuando todavía los otros se comenzaban á reparar ya estaba nuestro *Morenito* (1), paseándose por toda la casa, luciendo el ternio grana y negro, de talego tan ajustado, que hacía escandalosas las prominencias más salientes de su cuerpo; por ir todo acorde, hasta los cabos eran de diferentes tonos.

Presentimos lo que iba á ocurrirle.

Al abandonar el capote de lujo, una vez hecho el paseo, á él se dirigieron todas las miradas, y las guasas todas; y más tarde, al comprender su inutilidad torera, á él fué todo lo que podía servir de proyectil.

—¡Ladrón! ¡Maleta! ¡Cobarde! —gritaban de todos lados.

Y tuvo que refugiarse en el callejón, y pasar la tarde empujando el codo para quitarse el susto.

Regresábamos al otro día muy de mañana; en la estación sólo había un pelotón de viajeros y los empleados. Arrancó el tren y cuando ya próximamente nos habíamos alejado un par de kilómetros, se asoma *Morenito* á una ventanilla y vocifera encolerizado:

—¡Ladrones! ¡Bandidos! —y otros sustantivos y adjetivos que no pueden decirse.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco? —le dijimos, sin lograr que cesara en sus denuestos.

Y cuando calló, volviéndose todo sofocado y haciendo pausa para respirar nos dijo:

—¡Dejadme, hombres, dejadme, que ahora me toca á mí!

Dicen que se la ha cortado, pero no lo creo; pues él resolvió el modo de presenciar gratis los toros desde el callejón.

VICTORIO DE ANASAGASTI

(1) Como de algún modo hay que llamarle, designamos con el que allí usó, aunque indebidamente.

Con el p
los señores
res el cua
album JO

BIL

Sidonio

Zola.

La piel

Bernard.

El amor

liano Sch

La volu

Emilio Zo

El fin de

Alexis.

Santiag

Zola.

La fies

lio Zola.

El secre

de L'Isle.

Sin trab

Los su

(ilustrada

El ma

rico Soull

La ino

por Carlo

Para pe

nistración

za de Tet

JEROG

Cor

ha sie

la de

del d

La

es ren

que u

y el

A la

jamá

solo c

se ren

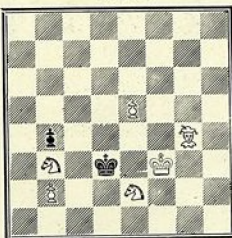
RESERV

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 56.º de regalo del album JOYAS DEL ARTE.

Problema de ajedrez núm. 2
POR NOVEJARQUE

Negras



Blancas

Las blancas juegan, y dan mate en 3 jugadas.

Las soluciones en el próximo número

ECOS

Busqué la miel en sus labios y la verdad en sus ojos; los primeros amargaban, falsos mentaban los otros.

A este mundo de amarguras desnudos hemos venido... ¡enántos cubrimos las carnes con la capa del vecino!

¿Porque yo te digo Eva pones, niña, mala cara?... ¡pero hija, si siempre estás comiendo de la manzana!

APUNTE

En sangrienta y desigual batalla pelea con su víctima el león y después de vencida, con sus garras despedaza cobarde el corazón.

Así el crítico inepto y envidioso tritura la más bella producción y con la pluma hiere, pero baja a la par que su víctima subió.

COSITAS

Cuando besan las morenas dicen que besan los ángeles; ¡el mejor beso palpita en los labios de una madre!

Ea pos de la dicha entiendo vamos todos caminando; ¡qué pocos viven riendo! ¡Cuántos vivimos llorando!

TEODORO E. GUZMÁN

CANTARES CON SORPRESA

Si algún día te preguntan porque muchos se suicidan, contesta sin vacilar: porque se quitan la vida.

Si Soledad te llamara y yo me llamara Juan, creo que eso no tendría nada de particular.

A Scipión el Africano nadie el pelo le ha tomado, por la sencilla razón de que tal héroe era calvo.

Si algún día tienes sueño, dijo Luisa a Juana Ruiz, se te quitará enseguida si te tumbas a dormir.

La llevaron a enterrar casualmente cuando a mí me acababan de afeitar.

ANGEL MACÍAS

SOLUCIONES

A los pasatiempos del número anterior

Jeroglífico comprimido.—Entresaca.

Cuadrados acróstico unidos:—

NOCHE BUENA
O R I O L U N C I R
C I S N E E C H A R
H O N A N N I A R A
E L E N A A R R A S

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

C. M.—Ceuta.—El trabajo á que se refiere está incluido entre los que han de publicarse. Mucho me alegro de saber de usted, gracias por el nuevo envío.

A. R.—Pueda estar usted plenamente convencido de que su composición es extra-práctica.

E. B.—Barcelona.—Bonito soneto.

193.—Gerona.—Lo mejor de los versos que ha enviado es la ortografía, y eso que escribe usted *erra* vella niña hermosa, lo cual, dirigido á una catalana le podría costar á usted un disgusto.

F. R. G.—Valencia.—Acertó usted al suponer que las iniciales se referían á usted. El artículo no tardará mucho en publicarse.

F. R. de S.—Madrid.—El artículo está perfectamente, y queda en cartera.

E. Ch. A.—Granada.—Los versos valen poco, y además, muchos no entenderían—¿como me pasará mí,—lo que significa *ninipida azucena*.

A. M.—Ardévo.—Muy bien todo.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonia y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de León, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucia Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de L'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse á la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

1000 RI T
100

R. CEBALLOS RUIZ

..

Conquista de gran valía ha sido en este país la del bravo callicida del doctor LADIVONSIM.

..

La Magnesia SAN-IMOL es remedio soberano que usar debe el español y el hispano americano.

GOTA

A los oídos del rico jamás llega la censura solo el humo del incienso se remonta hasta su altura.

M. PÉREZ SERRANO

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO EDITORIAL «LA IBÉRICA», PLAZA DE TETUÁN, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid

ESPAÑA



ARTILLERÍA DE MONTAÑA: SOLDADO EN TRAJE DE CAMPAÑA